

Kit de lectura 1 de “La juventud en la Alemania nazi”

La escolarización de la Comunidad Nacional

Gregor Ziemer era un maestro y el rector de una escuela estadounidense en Berlín (una escuela para los hijos de ciudadanos estadounidenses que vivían en Alemania) durante la mayor parte de la década de los treinta. Durante este tiempo, Ziemer recorrió las escuelas alemanas y con el tiempo escribió un libro llamado *Education for Death*, que fue publicado por primera vez en 1941. En este, Ziemer describe las escuelas que visitó:

A un maestro no se le considera un maestro (*Lehrer*) sino un preceptor (*Erzieher*). La palabra sugiere una disciplina de hierro que no instruye sino que ordena, y cuyas órdenes están acompañadas de la fuerza, si es necesario.

Las materias relacionadas con el espíritu son franca y categóricamente menospreciadas. La educación física, la educación para la acción, es la única que merece la atención de los maestros nazi. Todo lo demás puede ser desestimado como no esencial...

Las escuelas nazi no son lugar para debiluchos. Evidentemente, todos los niños deben terminar la primaria antes de cumplir los diez años, pero después de eso, las escuelas son campos de pruebas para el Partido. Aquellos que revelen alguna debilidad corporal o no tengan la capacidad de obedecer sin reservas ni de someterse deben ser expulsados...

El régimen hace una distinción clara entre las chicas, intrínsecamente débiles, y los chicos, exponentes naturales de la fuerza. Los chicos y las chicas no tienen nada en común. Sus objetivos, sus metas en la vida, son, en esencia, diferentes. Los chicos se convertirán en soldados; las chicas, en reproductoras. Las escuelas mixtas son manifestaciones de democracias decadentes y, por tanto, están prohibidas.

[El Dr. Bernhard Rust, el Ministro de Educación nazi] decreta que en las escuelas nazi la norma es la educación física. Después de esta, el alemán, la biología, las ciencias, las matemáticas y la historia para los chicos; la eugenesia y la economía del hogar para las chicas. Se permiten otras materias si se enseñan para promover las ideas nazis. La educación espiritual definitivamente no es importante.¹

La historia y las ciencias son las materias más influenciadas por la ideología nazi. Poco después de que Hitler asumiera el poder, se agregó un nuevo curso al currículo en todas las escuelas alemanas, la “ciencia racial”. Sin embargo, la instrucción racial no se limitaba a un solo curso. Esta se incluía en todas las clases, incluso la aritmética. Un libro, titulado *Germany's Fall and Rise—Illustrations Taken from Arithmetic Instruction in the Higher Grades of Elementary School* [La caída y el auge de Alemania—Ilustraciones tomadas de la instrucción de aritmética de los grados superiores de la escuela primaria], pregunta, “Los judíos son extranjeros en Alemania—en 1933 había 66,060,000 habitantes en el Imperio Alemán, de los cuales 499,682 eran judíos. ¿Cuál es el porcentaje de extranjeros?”²

¹ Gregor Ziemer, *Education for Death: The Making of the Nazi* (Oxford: Oxford University Press, 1941), 15–16.

² Ziemer, *Education for Death*, 16.

Adoctrinamiento

Hede von Nagel creció en la Alemania nazi. Ella escribió sobre su infancia:

Como la segunda hija de mis padres, fui una gran decepción para mi padre, quien quería engendrar varones para el Führer y la nación—y, como él hacía parte de la nobleza, para perpetuar el apellido de la familia.

Estaba furioso porque, a diferencia de mi rubia hermana mayor, quien tenía rasgos bastante nórdicos, yo había sido maldecida con cabello castaño rojizo y ojos café oscuro. Después llegó un tercer hijo, esta vez, varón, pero era pelirrojo de ojos oscuros —otra decepción para mi patriótico padre. Solo tras el nacimiento de otro hijo que demostró ser el modelo ario: rubio, de ojos azules, estuvo mi padre satisfecho. “Por fin”, dijo, “el hijo que quería”.

Nuestros padres nos enseñaron a levantar los brazos y decir “Heil Hitler” antes de decir “mamá”. Este tipo de adoctrinamiento era universal. Los niños lo vivían en el jardín infantil, en la casa, en todas partes. Crecimos creyendo que Hitler era un dios supremo, y que Alemania era una nación ungida...

Simultáneamente, nuestros padres y maestros nos entrenaron a mí y a mi hermana para ser las colegas incondicionales de los hombres; como personas, no teníamos derecho a tener nuestra propia opinión, ningún derecho a decir lo que pensábamos.¹

¹ Hede von Nagel, “The Nazi Legacy—Fearful Silence for Their Children”, *Boston Globe*, 23 de octubre de 1977.

Ingreso a las Juventudes Hitlerianas

Alfons Heck era un participante entusiasta de las organizaciones de las Juventudes Hitlerianas. En una autobiografía que escribió muchos años después de la Segunda Guerra Mundial, Heck reflexionó sobre lo que lo motivó a unirse:

Lejos de estar obligado a unirme a las filas del Deutsches Jungvolk (Juventud Alemana), apenas podía contener mi impaciencia y, de hecho, había sido aceptado antes de los 10 años. Parecía una vida emocionante, lejos de la supervisión de mis padres, llena de “deberes” que parecían puro placer. La marcha de precisión era algo que uno podía aguantar para realizar caminatas, campamentos, simulacros de guerra en el campo, y un énfasis constante en los deportes... Hasta cierto punto, nuestras actividades anteriores a la guerra se parecían a las de los niños exploradores, con mucho más énfasis en la disciplina y el adoctrinamiento político. Estaban la parafernalia y los símbolos, la pompa y el misticismo, que producían sentimientos muy parecidos a los de los rituales religiosos. Una de las primeras exigencias significativas era la llamada... “prueba de valentía”, que normalmente se realizaba después de un período de prueba de seis meses. A los miembros de mi *Schar*, una unidad similar a un pelotón de 40 a 50 chicos, se les pidió que se lanzaran de cabeza desde el trampolín de la piscina del pueblo que se encontraba a tres metros de altura, unos diez pies. Hubo algunos dolorosos panzazos, pero el dolor valió la pena cuando nuestro *Fahnleinführer* de 15 años, el líder del *Fahnlein* (literalmente “banderín”), una unidad parecida a una compañía, de 160 chicos, nos entregó la ansiada daga con la inscripción “Sangre y Honor”. Desde ese momento nos aceptaron por completo.¹

¹ Alfons Heck, *A Child of Hitler: Germany in the Days When God Wore a Swastika* (Phoenix, AZ: Renaissance House, 1985), 9.

Desilusión en las Juventudes Hitlerianas

Hans Scholl, quien más adelante fundó el movimiento de resistencia la Rosa Blanca con su hermana Sophie y fue ejecutado por los nazis, en algún momento fue miembro de las Juventudes Hitlerianas. Su hermana Inge Scholl describe cómo Hans lentamente se fue desilusionando del grupo:

Hans había creado una lista de canciones populares, y a los jóvenes a su cargo les encantaba escucharlo cantar, acompañado de su guitarra...

Pero un tiempo después, hubo un cambio peculiar en Hans; él ya no era el mismo... El líder le había dicho que sus canciones estaban prohibidas. Y cuando se rio de esto, lo amenazaron con medidas disciplinarias. ¿Por qué no le permitían cantar estas hermosas canciones? ¿Solo porque habían sido creadas por otros pueblos?... [E]sto lo deprimió, y su habitual ánimo desenfadado empezó a decaer.

En aquel momento en particular, se le asignó una misión muy especial.

Debía llevar la bandera de su tropa al mitin nacional del partido, en Núremberg. Estaba muy contento. Pero cuando regresó, apenas podíamos creer lo que veíamos. Se veía cansado y en su rostro se evidenciaba una gran decepción... poco a poco supimos que el movimiento de jóvenes que se le había presentado como una imagen ideal, en realidad, era algo totalmente distinto a lo que se había imaginado que eran las Juventudes Hitlerianas. Su entrenamiento y uniformidad habían penetrado todas las esferas de su vida personal. Pero él siempre había creído que cada chico debía desarrollar sus propios talentos...

Finalmente, algo se rompió.

Una noche, mientras estaban en formación sosteniendo la bandera para una inspección por parte de un líder superior, ocurrió algo inaudito. El líder visitante de repente ordenó que el chiquillo abanderado, un travieso niño de doce años, entregara la bandera. "No necesitas una bandera especial. Solo mantén la que ha sido prescrita para todos." Hans estaba conmocionado. ¿Desde cuándo? ¿No sabía el líder de la tropa lo que esta bandera especial significaba para el chiquillo abanderado?

Una vez más, el líder ordenó que el chico entregara la bandera. Él se mantuvo quieto y en silencio. Hans sabía lo que pasaba por la mente del chiquillo y que no obedecería. Cuando el líder superior, con un tono amenazante, le dio la orden al pequeño, por tercera vez, Hans vio que la bandera tembló ligeramente. Ya no pudo contenerse. Dio un paso adelante y abofeteó al líder visitante. Desde ese momento dejó de ser el abanderado.¹

¹ Inge Scholl, *Students Against Tyranny: The Resistance of the White Rose, Munich, 1942-1943*, traducido al inglés por Arthur R. Schultz (Middletown, CT: Wesleyan University Press, 1970), 7-10. Reproducido con autorización de Wesleyan University Press.